

grupos humanos más primitivos están ya muy cercanos a nuestro modo de entender la vida social y el Derecho. El *status* familiar, la libertad de contraer matrimonio, la distinción entre propiedad pública y privada, la democracia política basada sobre el derecho, y el orden, la moralidad y la religión, son muy semejantes a las actuales.

Muchos antropólogos incurrieron en el error de pensar que posteriores desviaciones y ritualizaciones eran formas primitivas y básicas de cultura humana. Actualmente es posible comparar el enorme conocimiento que hay de las culturas prehistóricas como las culturas primitivas que han llegado residualmente hasta nuestros días.

Una vez comparados los modos de vida y de acción desde los inicios de la existencia históricamente conocida del hombre, podemos llegar a la conclusión de que la Humanidad, en su incesante y larguísimo proceso de existencia, no difiere en ningún momento esencialmente del hombre actual. Consiguientemente, las formas exóticas y extrañas de cultura humana no son más que formas intermedias y situaciones transitorias que tienden, o a desaparecer históricamente, o a evolucionar y reducirse a modos de organización que serán ya calificados como normales. Pero justamente por ello no puede decirse que haya modelos o ideales de vida a que toda cultura deba adaptarse necesariamente.

El estudio del origen del hombre y de su cultura permite extraer la conclusión de que las instituciones sociales actuales y nuestros actuales *standard* éticos son suficientemente sanos y vigorosos. Pues son básicamente los mismos que prevalecían en la infancia de la Humanidad, y ahora presentan la forma natural que han podido alcanzar después de un milenario proceso de maduración.

Tanto la Humanidad como la cultura humana están sujetas a cambio y evolución, desde luego, pero este cambio y esta evolución se restringe exclusivamente a datos y límites no esenciales. No todos los valores humanos son relativos y mudables. Hay valores humanos que no pueden ser afectados ni modificados, so pena de que la sociedad humana degenerare y sea reducida a la esterilidad y a la decadencia.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.

GUIITON, Jean: *Diálogos con Pablo VI*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1967. 485 págs. (Trad. de J. M. Valverde y A. Bosch).

Cuando se trata de libros de Guitton, la recensión, el resumen, la noticia bibliográfica y aun la misma crítica ideológica no sólo son tareas difíciles, sino que pueden resultar intelectualmente estériles y hasta contra-productentes. Guitton es un pensador lírico, reposado y denso: más que detallar o describir temas, doctrinas o intuiciones (propias o ajenas), lo que él hace es completar e intensificar una misma interpretación unitaria e integral del «hombre de nuestros días», situándolo en las coordenadas básicas que constituyen y definen su vida, su ser y sus cualidades y valores específicos. Las obras de Guitton son, pues, verdaderas «repeticio-

nes» en torno a un mismo tema o enfoque central de la vida humana: intentos pluriformes y complementarios en la búsqueda de una visión unitaria e integral del hombre religioso-católico de hoy y de su «clima» propio. Guitton domina el «relieve» y las técnicas cinemascópicas de la palabra y la pluma, y posee una visión plenaria y omnicompreensiva, jerárquica y sistemática, del humanismo cristocéntrico (conciliar, preconiliar, paraconciliar y posconciliar). En sus muchas obras, Guitton no hace más que «motivar e intensificar» el sentido y el valor del «logos católico», proyectándolo desde sus muchos vértices y epicentros conjuntamente (eso es el «relieve cinemascópico») y sin perder nunca de vista su unidad fenoménica, discursiva y funcional.

El lector y el comentarista de Guitton tienen que optar, pues, por una comprensión intensiva y «esencial» de su mensaje; si busca una completa asimilación, cuantitativa y detallista, corre el peligro de perderse entre el ramaje y olvidar lo esencial. En este comentario vamos a atenernos, pues, a lo esencial y buscar la interpretación intensiva de las dos obras de Guitton que expondremos.

Los «diálogos» de Guitton son mucho más que simples conversaciones o entrevistas: son diálogos al estilo de Platón y aun más. Son pequeños encuadres biográficos en que se va trazando, retrospectiva y prospectivamente, la vida y la semblanza y el talante humano, doctrinal y pastoral de Pablo VI en su «mundo». Son un juego cuasi escénico, pero denso en evocaciones y comentarios complementarios relativos a la infancia, maduración y papado de Pablo VI. Por las páginas del libro desfilan, además, los problemas más acuciantes de nuestros días y muchos de los personajes que los han protagonizado, vistos siempre desde perfiles inéditos y sugestivos a través de la mente y la estimativa de Pablo VI: Newman, Loisy, Mercier, los Halifax, Blondel, De Lubac, Blondel, Maritain, Teilhard de Chardin, U Thant y otros mil. Todos los grandes «temas» de nuestros días (ecumenismo, paz, humanismo personalista cristiano, «retorno a las fuentes», diálogos...) cobran así un relieve, una profundidad y una zumosidad especiales: se diría que en esta obra es donde reciben su «interpretación auténtica».

El valor más decisivo del libro es, pues, testimonial, magníficamente servido por una belleza formal extraordinaria y una agilidad descriptiva y dramática de auténtico «suspense». Todos los encuadres colaboran a un mismo objetivo: poner en relieve la profunda dimensión teológico-religiosa, espiritual y sobrenatural que todas las cosas y acontecimientos alcanzan en la «cosmovisión» de Pablo VI. Vemos así cómo ser Papa es mucho más que una función, un cargo, una investidura y una empresa de proporciones universales en el espacio y en el tiempo y sobre el tiempo: el ser Papa implica, sobre todo, una paternidad universal acuciante, angustiada y casi obsesiva a veces.

Paternidad rigurosamente planetaria, muy cercana a la paternidad divina universal que constituye la esencia metafísica misma del cristianismo y el epicentro de todos los cristocentrismos históricos y escatológicos. Paternidad mística y espiritual, «católico-universal», a la que Pablo VI ha dado una vigencia, un vigor y una profundidad de sentidos verdadera-

mente inéditos con el Vaticano II y con sus viajes relámpago (enteramente «paulinos») a todos los puntos cardinales y a todas las encrucijadas de nuestro mundo. El cristianismo busca el reencuentro virgen con sus propios orígenes y fuentes porque nunca puede dejar de ser actualísimo en todas las épocas y en todas las latitudes: si no, dejaría de ser sal y semilla y fermento de todo lo humanamente válido. Jerusalén, Bombay, Nueva York, Efeso y Fátima son otras tantas dimensiones y posibilidades conjuntas del «eterno presente» del catolicismo: su fe, su esperanza, sus ansias de justicia y caridad y paz.

Desde puntos de vista humano-sociales, el mensaje más importante de estos «diálogos» y de estos gestos y viajes (y de todos los protocolos y documentos que los preparan o los completan) consiste en poner de relieve la absoluta inseparabilidad que existe entre Dios y los hombres; entre lo humano y lo divino del mundo y de la historia; entre el amor a Dios (cristianismo) y el amor al prójimo (humanismo cristiano); entre los valores divinos, sagrados, sobrenaturales y trascendentales del hombre (paternidad divina) en cuanto cristiano, y sus valores sociohistóricos (teología del desarrollo personal y comunitario), en cuanto que el hombre está inserto en grupos y colectividades más o menos institucionalizados y más o menos abiertos a la comunión universal de los hombres con Dios. Hay un punto omega en el que coinciden los consejos, los diálogos y los «encuentros» de Cristo y de los Apóstoles con los de Pablo VI y el Vaticano II: amar a Dios y a los hombres como hijos y representantes de una misma paternidad y hermandad en Cristo hecho hombre.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

GUITTON, Jean: *Justificación del tiempo*. Fax, Madrid, 1967. 196 páginas. (Traducción de J. M. Bernáldez Montalvo).

Se trata de un magnífico ensayo monográfico con densidad de verdadero tratado. Es una obra de orfebrería mental, en la que refluyen y se condensan muchas aportaciones de la mejor escuela agustiniana (desde San Agustín a Blondel y Teilhard de Chardin), del espiritualismo francés y del mismo neotomismo, junto a otras intuiciones rigurosamente originales.

El tema del tiempo puede abordarse desde múltiples perspectivas; la escogida por Guitton está entre las más fecundas. Estudia el tiempo, no con técnicas aprióricas y conceptuales, ni tampoco con categorías simplemente empíricas y fenomenológicas, sino «existencialmente»: es decir, en cuanto que el tiempo es una dimensión consustancial de todo lo histórico-antropológico (especialmente de las actividades humanas) y una estructura proyectiva y teleológica de todo acontecer cósmico-existencial, centrado siempre en la conciencia personal al modo agustiniano. El método mismo usado en la obra merece alabanza: es simultáneamente temático-analítico e histórico-doctrinal. Guitton desarrolla el tema del tiempo en cuatro capítulos y resume sus pensamientos en un último apartado. El tiempo «religa desde dentro» al ser humano (a su conciencia, a su libertad, a su